

En la época de... las vacas flacas

por Robert Chambers

Gran parte del análisis de la pobreza rural examina quiénes son los pobres; dedica alguna atención a dónde se les encuentra; pero hay poca coincidencia de cuándo son más pobres, de las épocas del año en que la población rural se encuentra más pobre, cuando sufre más y cuando se encuentra en mayor peligro.

Sin embargo, existen muchas pruebas de que en los climas tropicales la peor época, con frecuencia, queda entre el comienzo de las lluvias y el fin de las cosechas. Para quienes se dedican al pastoreo, la crisis llega más temprano, en la última parte de la estación seca. Sin embargo, la gran mayoría de la población rural en los ambientes tropicales la forman los cultivadores o labriegos, y para ellos la peor época es habitualmente durante la estación húmeda. Los alimentos escasean y sus precios son elevados, las reservas de dinero son bajas y el trabajo agrícola es duro. Se necesita una gran cantidad de energía física para la preparación de las tierras, la siembra y el deshierbe, precisamente en ese período en que hay menos que comer. No es una coincidencia que haya muchos nombres locales para esta estación de escasez o de hambre. Se la conoce demasiado bien.

Para empeorar las cosas, es también la época de las enfermedades. Las lluvias tropicales fomentan la multiplicación de los insectos vectores, las infecciones fungosas y de las bacterias. Las diarreas con frecuencia alcanzan el máximo después de que las lluvias han arrastrado las materias fecales a los suministros de agua no protegidos. En condiciones de humedad y calor, los alimentos cocinados que se dejan a un lado son un medio en que las bacterias se multiplican rápidamente. La malaria, la enfermedad que causa la filaria de guinea, la fiebre del dengue, y las infecciones de la piel, en general son más frecuentes durante las lluvias. Debilitadas por el pesado trabajo y la falta de alimentos, las personas resisten menos a las enfermedades. Así que la estación del hambre es también la estación de las enfermedades.

Los más afectados

Las mujeres y los niños son especialmente vulnerables. Las mujeres en el medio rural tienden a dejar de amamantar a sus niños al llegar las lluvias, previendo el duro trabajo, así que en esa época los niños cambian a una dieta menos nutritiva. Agobiadas por el pesado trabajo (deshierbe en África, transplante de arroz en Asia), las mujeres tienen menos tiempo para atender a los niños o para preparar los alimentos. Para aquellas madres que continúan lactando, la producción de leche materna se reduce. Como la concepción tiende a ser común uno o dos meses después de la cosecha, la de lluvias es también la época en que las mujeres se encuentran frecuentemente en la última etapa del embarazo. La tensión puede entonces ser extrema. En una aldea en Gambia un equipo médico encontró que en el mes de agosto las mujeres en sus últimos tres meses de embarazo pierden en promedio 1.4 kilogramos de peso. Para los niños nacidos en esa época, el peso menor al nacer refleja las tensiones físicas de sus madres, y significan una prognosis peor para su crecimiento y supervivencia.

Así que esta es una época del año en que los pobres se encuentran en mayor pobreza. Regularmente, en estas estaciones, se hunden una y otra vez en su pobreza. Es también cuando son más vulnerables para quedar más pobres. Es la época en que tienen menos, en reservas de dinero o de alimentos, como protección contra las contingencias. Si los alimentos se agotan o si ataca la enfermedad, o si hay alguna otra necesidad urgente de dinero, la familia se ve obligada a vender sus pertenencias o a endeudarse, vendiendo o hipotecando los cultivos en pie, los ganados, la tierra, las alhajas, los cachorros o su trabajo futuro. Las tasas

de interés son elevadas, y los pequeños agricultores que obtienen dinero prestado para comprar alimentos a precios elevados antes de las cosechas, sufren graves pérdidas, teniendo que reembolsar en efectivo después de la cosecha cuando son bajos los precios de los alimentos que han producido. Las ventas de sus pertenencias y las deudas en que incurrir, con frecuencia, actúan como trinquetes, deslizamientos irreversibles para caer en mayor pobreza y dependencia.

Para darnos cuenta de porqué ello es así, podemos examinar el comportamiento y la experiencia de los profesionistas urbanos. La población urbana está mucho menos expuesta que la rural a las estaciones adversas. Más significativo y también obviamente embarazoso es el simple hecho de que en los trópicos las lluvias constituyen una mala época para viajar. Las áreas remotas, alejadas de los caminos principales, en que se encuentran concentradas la mayoría de las personas más pobres, están aisladas o son difíciles de alcanzar debido a las inundaciones, a los puentes dañados, los deslaves, a los malos caminos, al lodo, a los suelos arcillosos, etc. Los elevados precios del petróleo, las escaseces de piezas de recambio, y las reducciones de fondos para viajes locales del personal gubernamental inhiben, de todas maneras, los viajes y ello se ve complicado por los riesgos de quedar empujados o dañados vehículos desgastados durante las lluvias. Y cuando los profesionistas salen de las ciudades, no abandonan los caminos pavimentados y sólo ven a las personas en mejores condiciones a lo largo de los caminos. Los afectados en forma más adversa por la estación húmeda son quienes tienen las menores posibilidades de ser visitados en cualquier época, pero especialmente cuando las cosas son peores.



El periodo de lluvias tropicales no sólo provoca enfermedades debilitantes y escaseces de alimentos, sino que también dificulta o impide en esa época la investigación de los problemas de las áreas rurales más remotas.

Foto/Asad Ali

La propensión a no darse cuenta de las peores épocas del año es complicada por el patrón de los estudios rurales. Instituciones íntegras interesadas en la investigación rural concentran su trabajo de campo en la estación seca. Los estudios de nutrición en el terreno son efectuados precisamente en aquellas épocas del año en que las cosas son mejores; los caminos están secos para viajar, la gente está sana, las reservas de alimentos son elevadas, y las personas más pobres se encuentran más felices, saludables y mejor alimentadas. El trabajo de campo en el medio rural es para la estación seca; las lluvias son para el análisis de datos a cubierto bajo un buen techo. E incluso cuando se llevan a cabo estudios durante todo el año, los datos correspondientes a la estación lluviosa pueden ser los menos dignos de confianza. Porque es entonces cuando la supervisión es más difícil, el viajar más desagradable, y es

más probable que los entrevistadores se enfermen, y sobre todo los informadores están más ocupados, bajo mayor tensión y son menos capaces o están menos dispuestos a dedicar tiempo y energías a las encuestas. La preocupación de evitar el molestar a los informadores cuando se encuentran bajo presión, proporciona una perfecta justificación, tanto práctica como moral, para evitar efectuar investigaciones en esa época. E incluso cuando se efectúan estudios durante todo el año, el volumen de datos y las dificultades de análisis son tales que la pobreza estacional aún puede quedar oculta. Los investigadores, o los fondos, o ambos, pueden escasear o ser destinados a otros fines antes de que se examinen los patrones estacionales. El empobrecimiento estacional queda oculto en los promedios anuales.

Las estadísticas normales de salud constituyen también un problema, al subestimar las enfermedades de la estación lluviosa. Los registros de asistencia a las clínicas y hospitales son aceptados con demasiada facilidad como indicadores de la insalubridad, pero no sirven a tal fin. Muchos factores reducen la asistencia durante las lluvias. Entre ellos figuran las dificultades para viajar, la escasez de dinero, la debilidad física, y la mera necesidad de que toda la familia trabaje. La asistencia puede quedar reducida debido a que se agotan la medicinas, debido a problemas de entrega de suministros durante las lluvias, o a que las cuotas mensuales normales se agotan más rápidamente. Cualesquiera medicamentos que estén disponibles serán reservados, en todo caso, para los que son menos pobres. Lo contrario es también verdad. En la estación seca, después de las cosechas, el viajar es más fácil, y el dinero menos escaso. La presión del trabajo urgente se ha suavizado, y las clínicas

cosechas son insalubres. No hay ningún equivalente en los climas templados a la corta abundancia de nitrógeno en el suelo a continuación de las lluvias, que hace que sea tan importante el cultivo oportuno en los trópicos, a fin de que las cosechas aprovechen dicho nitrógeno antes de que sea consumido por las malas hierbas o se pierda en la atmósfera. Los nexos claves entre la salud y la agricultura son fácilmente pasados por alto. Los profesionistas son entrenados teniendo una visión estrecha. Un doctor puede notar una elevada incidencia de malaria pero no reconocer su efecto sobre la producción de los pequeños agricultores y sobre su pobreza subsecuente; un agrónomo puede notar lo inoportuno de un cultivo o la falla en eliminar las malas hierbas, pero no la enfermedad y la desnutrición que reflejan; y ambos pueden no darse cuenta de la dependencia, el endeudamiento y la explotación que las siguen. Es demasiado fácil el caer en diagnósticos parciales y en recetas inapropiadas, subestimando la adversidad estacional.

Así que varios factores conspiran para ocultar la pobreza estacional. Incluso en un país con una crisis estacional aguda en las áreas rurales, no es de sorprender que se afirme en la capital que no existe un problema estacional. El único problema estacional de alguna seriedad para la élite urbana o para el experto visitante es el de viajar durante las lluvias, y lo resuelve fácilmente con no viajar. Los pobres rurales pueden ser atacados simultáneamente por la malaria, la diarrea, las infecciones de la piel, el trabajo pesado, la falta de alimentos y la desnutrición, pero los profesionistas urbanos no se encuentran allí para presenciarlo. Ellos llegan más tarde, si lo hacen. Las estaciones de enfermedad y hambre pasan inadvertidas.

El descuido de la pobreza estacional presenta una oportunidad. En muchos medios hay cabida para medidas que contrarrestan el efecto estacional.

Algunas son bien conocidas. La irrigación que permite obtener dos o tres cosechas en vez de una, y que aumenta los rendimientos y reduce los riesgos; los programas efectivos de trabajos rurales que proporcionan empleo, alimentos e ingresos fuera de la estación agrícola, de manera que los trabajadores y los pequeños agricultores puedan acumular reser-

tos alimenticios puedan ser cosechados más temprano, acortando la época de hambre. Los créditos para consumo mediante sociedades de ahorro son un medio posible de evitar los endeudamientos y las altas tasas de interés.

Para la atención a la salud las implicaciones son considerables. Los costos por enfermedad para la familia y para la sociedad son muy altos durante las estaciones agrícolas. Esto sugiere asignar prioridad a aquellas áreas en que las enfermedades afectan más a la agricultura, a la prevención y curación de aquellas enfermedades que son más debilitantes en la época de mayor trabajo agrícola y escasez de alimentos, y al abastecimiento de las clínicas rurales con medicamentos, de acuerdo con las necesidades estacionales. Está indicada también la precaución en la introducción de clínicas móviles, ya que durante las lluvias su movilidad puede quedar restringida, perdiendo sus contactos precisamente con quienes más necesitan de sus servicios.

Atención especial

Las mujeres y los niños merecen atención especial. Las guarderías infantiles estacionales para los niños cuyas madres tienen que trabajar es una medida obvia, aplicada ya en algunos lugares. Menos obvio resulta el valor de las técnicas que reducen el penoso trabajo no remunerado de la mujer, tal como el acarreo del agua, reduciendo la presión sobre su tiempo y energía. Está indicada la atención especial a las mujeres embarazadas y lactantes durante las lluvias, y a los niños nacidos en esa época.

En forma más general, el problema es de aprendizaje de parte de los profesionistas con preparación urbana. Al no estar sujetos ellos mismos a la pobreza estacional, ¿cómo pueden reconocer y comprender su significado para otros? Pueden sugerirse varias medidas: que quienes financian las investigaciones alienten e insistan en el análisis estacional; que se efectúen más estudios rurales en las estaciones no preferidas, concentrándose en las peores épocas; que el entrenamiento en servicio del personal gubernamental requiera que se efectúen investigaciones rurales durante las estaciones de enfermedad y hambre; y que se insista en el análisis estacional como parte de la planeación rural.

Se debe dar impulso al análisis estacional efectuado conjuntamente por miembros de diferentes departamentos y disciplinas. La cuestión de: "¿Cuál es la peor época del año para los más pobres?" puede ser planteada a los agrónomos, a los trabajadores de la salud, a los economistas, a los nutricionistas, a los administradores, a los antropólogos sociales y, sobre todo, a los más pobres. Ellos, después de todo, son los mayores expertos en la mayoría de sus problemas. Las respuestas, combinadas, pueden permitir la reunión de departamentos y disciplinas con la población rural, permitiéndoles ver las interacciones adversas e identificar lo que se puede hacer.

Las estrategias contraestacionales no son una panacea. No atacan las causas más profundas de la pobreza. Pero dan lugar a un programa de preguntas que pueden conducir a un desarrollo rural más efectivo. El permitir que las familias pobres se mantengan por arriba de un umbral mínimo durante las peores épocas del año, puede ser más fácil y tener una mayor eficiencia que el tratar de crear medios de vida completamente nuevos. Una vida más segura y mejor en las épocas peores puede ser también una condición previa para la acción, a fin de que los pobres se ayuden a sí mismos, para lograr otras ganancias y para obtener reformas mediante la redistribución. Después de tales ganancias y tales reformas, las medidas contraestacionales aún serán necesarias, pero la necesidad será menos aguda.

Robert Chambers es Miembro de la Facultad del Instituto de Estudios del Desarrollo, de la Universidad de Sussex, Brighton, Reino Unido. Ha trabajado sobre problemas de desarrollo rural en África y en el Sur de Asia.

Se puede obtener mayor información del Instituto de Estudios del Desarrollo, de la Universidad de Sussex, Brighton, BN1 9RE, Inglaterra.